

tes. Teatro de una guerra interior de muchos siglos, entre razas desde el principio irreconciliables, tuvo además nuestra Península la desgracia de que excepcionalmente se prolongasen en ella, hasta los tiempos de Alonso el Onceno, es decir, hasta el décimo cuarto siglo de la Era de Cristo, las irrupciones de naciones bárbaras que habían devastado su propio suelo, y el de toda Europa, diez siglos ántes. No procedían, como los primeros, del Norte éstos nuevos bárbaros, sino de las regiones interiores de Africa, y hasta de las costas del Senegal; pero los igualaban en número, superándolos en ferocidad, y en lo salvaje de sus costumbres. ¿Qué fueron al lado de las brutales irrupciones de almoravides, almohades y benimerines, las guerras de Italia y Alemania, y aún las de Francia, por los mismos tiempos? Muy poca cosa en verdad. ¡Y qué tiene de particular, por tanto, que nuestro suelo, constantemente arrasado por los bárbaros, no fuese rico sino en hombres de guerra, al constituirse en una nación bajo los Reyes Católicos! Pues ni el descubrimiento y población del Nuevo Mundo, ni las guerras y conquistas de Europa y Africa, ofrecieron sin duda alguna propicias circunstancias para que reparase España tamaños males. Aun dejando aparte la inferioridad natural de nuestro suelo, comparada con el de otras grandes naciones del mundo, por causa de las frecuentes y funestas sequías que en todos tiempos recuerda nuestra historia, bastarían las considera-

ciones anteriores para explicar por qué es tan cierto que la antigua grandeza de España no tuvo por fundamento sus condiciones naturales, sino ántes bien el vigor de sus habitantes.

Mal que pese á tantos como hasta aquí han sostenido lo contrario, lo que entre nosotros vale más no es la tierra, sino el hombre, según tengo escrito varias veces. Y aunque por paradoja lo tengan todavía algunos, no hay más remedio que considerar nuestras conquistas, tal y cual las he considerado yo siempre, es á saber, como aventuras gloriosas, llevadas á cabo por puñados de hombres sin fortuna y sin miedo.

Conservar era más difícil que adquirir, y nadie ha conservado, sin embargo, por tanto tiempo lejanas y extrañas conquistas: fué precisamente en eso en lo que más demostró nuestra raza su duro temple. Hízose en España punto de honor conservarlas, y el guardar también los territorios adquiridos por alianzas matrimoniales; y cuando para tanto empeño apenas bastábamos, fué, por colmo de embarazos, cuando Carlos V, primero desde las orillas del Albis, y desde su celda de Yuste después, comprometió á su nación y su familia en un duelo á muerte con el protestantismo, que heredó á manera de venganza corsa Felipe II. Desde entonces fué ya siempre nuestra situación en el mundo azarosísima, y pechos pusilánimes la habrían tenido por desesperada, debiéndose más de admirar que lo que al fin perdimos, lo que retuvi-

mos por tanto tiempo. ¿Es posible negar que Felipe II se encontró ya con toda esta mala situación, creada por otros, y por anteriores sucesos? ¿Podía él desvanecer las irregularidades é incongruencias, y la ingénita flaqueza de la constitucion territorial de su vasta Monarquía? ¿Cabe tampoco contradecir mi aserto de que todas las cuestiones que ocuparon su vida las halló ya inexorablemente planteadas, sobre todo la de la rivalidad con Francia, y la lucha con el islamismo y el protestantismo?

Buen hijo hasta singularizarse en ello, no tan sólo obediente á su padre, sino respetuoso y aún tímido, con sus viejos ministros, fué miéntras aquel vivió el Rey Felipe como un teniente suyo coronado; y, despues de muerto, siguió supersticiosamente sus lecciones en todo cuanto pudo aprovecharlas. No era guerrero, no era de espíritu resuelto y osado, no era, como dejo dicho, héroe, ni paladin, ni hombre de génio, cual fué á no dudar, su padre: pero tampoco se puede decir que no sacase de las circunstancias en que se halló todo el buen partido que podia sacar un hombre de Estado. Seguramente que no acertó, como tampoco acertó su padre, á dominar el gran fenómeno histórico del protestantismo, y perdió en la contienda buena parte de las provincias de Flándes; peleando allí toda la Europa anti-católica, bajo los triples colores holandeses, contra su roja cruz de Borgoña. Pero á ejemplo de su padre en el Da-

nubio, contuvo él la potencia osmánlica, todavía creciente, en el golfo de Lepanto; como él luchó al principio felicísimamente, y luego con vária fortuna, pero nunca sin gloria, contra el vecino poder de Francia; y ya que perdiese tras largos, y muchas veces venturosos combates, las provincias de Holanda, conquistó en cambio á Portugal, completando así la unidad del territorio español. Esta conquista, llevada á cabo sin la menor indecision y con singular vigor y presteza para aquel tiempo; la alianza con que, dando de lado á la soberbia española, procuró estrechar amistades con el revoltoso Duque de Saboya, dándole nada ménos que una de sus hijas, con tal de asegurar los dominios de Italia; su honrada resolucion de desprenderse voluntariamente de las provincias belgas, levantando allí un trono para su hija querida, la infanta Doña Isabel Clara Eugenia, bastarian para dar cumplida gloria á cualquier hombre de Estado. Lo primero demuestra que no le faltaba vigor, ni actividad como gobernante, en las grandes ocasiones, y lo segundo y tercero su prevision y prudencia, pregonando juntamente tales hechos que conoció ántes que nadie, y tambien como el que más de sus modernos críticos, la política que á la sazón convenia á España. Feliz, por último, sobre las Terceras, como en Lepanto, infelicísimo en los mares de Inglaterra, mostró tambien de todas suertes que, ántes que Felipe V y Cárlos III, comprendió que la influencia de España en el mundo

forzosamente dependía de su poder marítimo. ¿Qué español, pues, podría pretender haberle sido, ó serle hoy día superior en el conocimiento de nuestra política internacional?

Ni dejó de mostrarse inteligente, enérgico y prudente á un tiempo, en las graves cuestiones interiores que tuvo en su reinado. Lento en resolver y moderado en exigir, pero lleno de toda la decisión necesaria para obrar, llegado el caso, ni él expulsó á los moriscos, ni suprimió él los fueros de Aragon; pero supo reprimir ambas insurrecciones, como cumplía hacerlo. Y en cuanto al rigor, no fué mayor el suyo, por cierto, que el que en casos tales, ó parecidos, hemos visto emplear á todos los Gobiernos modernos.

Si los vencidos en las innumerables insurrecciones que han ensangrentado nuestra edad, tienen alguna vez la palabra en la Historia y les es dado explicar, ante un público de todo punto convertido ya á sus ideas, y por tanto benévolo, lo que los Imperios como las Repúblicas, las dictaduras de toda especie de nuestro siglo, y sus tribunales civiles y militares han hecho con ellos, sépase desde ahora que los tiranos, como Felipe II, han de contarse por miles en los venideros siglos. Imaginemos por un momento triunfante el programa de la *Commune* de Paris, ó el de los internacionalistas y socialistas de Alemania y otras partes; supongamos la propiedad, la familia, el Estado, despues de larga y sangrienta lucha, organizados por el es-

tilo que pretenden los utopistas modernos; demos de barato que en las nuevas sociedades, así constituidas, hubiese tambien, como sin duda habria, sus historiadores; y bien seguros podemos estar de que se oiria en tal caso un diluvio de maldiciones y execraciones contra los mejores gobernantes de esta Era, que consolaria en su tumba, si allí pudiera enterarse de estas cosas, al propio Felipe II. No hay optimismo en lo que digo, sino pura imparcialidad y justicia. La destruccion de la unidad religiosa parecia en el siglo XVI propósito de no menor importancia y trascendencia que en nuestros dias la del sistema social. Y ni siquiera el procedimiento sumarísimo y puramente militar, con que, durante el siglo actual, tantas veces se ha privado de la vida á los vencidos, ha de encontrar mayor gracia, si el caso llega, á los ojos de sus futuros panegiristas, que la bárbara teoría profesada por teólogos y políticos en el siglo décimosexto, que estimuló á Felipe II á ordenar sentencias de muerte sin forma alguna de juicio.

Más plausible que la del rigor es la censura que de Felipe II se hace por el estado que alcanzaron en su tiempo los negocios de Hacienda. Triste fué sin duda, como no podia ménos, dado el desequilibrio enorme que hubo entre nuestros empeños y nuestras fuerzas. Pero los apuros, los malos expedientes, las extorsiones y las injusticias á que el estado de la Hacienda española daba entónces lugar, no eran cosas desconocidas, ni siquiera raras

en las demás potencias europeas; y no hay, en suma, que censurar en sólo Felipe II la política que tamaños gastos ocasionara. Hay ántes que condenarla en los Reyes Católicos, que, no contentos con la conquista de Granada, llevaron ya al continente de Italia muy mal provistos á nuestros soldados; en Carlos V, que, segun ya he dicho, tomó sobre sí todos los compromisos que continuó su hijo; y bien pudiera decirse que en la nacion entera, ufana con sus glorias presentes, imprevisora y poco cuidadosa, como todas suelen, y más que otra alguna la nuestra en todos tiempos, del porvenir. Pero, sobre que estoy repitiendo cosas que he dicho en otras partes, basta y sobra á mi propósito lo que dejo aquí expuesto.

De ello resulta que, áun juzgado sólo por el éxito, el gobierno de Felipe II fué tal, que no sin razon le ha tenido hasta aquí por un gran Rey nuestra historia. Y aún más favorable le habria sido el juicio, si pusieran los escritores más atencion, que ponen por lo comun, en los medios y recursos con que cada personaje histórico cuenta, al emprender y realizar la obra que en él se censura ó aplaude: porque es claro, clarísimo, que el mérito de las acciones humanas está en necesaria relacion con la cantidad ó magnitud de los obstáculos vencidos al ejecutarlas, no siendo posible medirlo bien sin comparar las fuerzas de que en cada caso se ha dispuesto, y los resultados obtenidos con ellas. Por eso he trazado hoy de nuevo el estado interior de

España, al tratar en general de los hechos de Felipe II.

Pero, en fin, algo hay en este Rey que, á la par que ménos grande, lo hace ménos simpático que su bisabuelo y su propio padre. Cosa es ésta que ni cabe negar, ni yo lo pretendo; mas conviene explicarla. Aun puesta aparte la indudable superioridad personal que sobre él tenían, no sólo Carlos V, sino tambien Fernando V, ello es que los hombres de guerra siempre alcanzan ventaja en la opinion comun al hombre meramente político; fenómeno que no dejamos de observar, por cierto, en nuestros dias. ¿Quién hubiera tenido nunca por un gran Rey al versátil y concupiscente Enrique IV, sin el célebre penacho blanco que lucía en las batallas, y sus empresas de soldado aventurero? No hay que dudarle: el Carlos V á caballo y armado del Ticiano, en el Museo del Prado, dejaria muy por debajo al Felipe II de Pantoja en la biblioteca del Escorial, aunque se ignorase la vida de entrambos. Las artes de la política, tampoco son tan para vistas por dentro como las de la guerra. En ésta la éxtratagema, el ardid, ó sean el disimulo, el engaño bajo ciertas formas, no solo parecen lícitos, sino hasta loables; y eso mismo no es tenido por excusable en la política, sino de aquellos, á lo más, á quienes ha aprovechado.

Si muchas causas, triunfantes hoy y protegidas además por el espíritu del siglo, estuviesen, como ahora está la de la intolerancia católica, que hasta

la muerte sostuvo Felipe II, de hecho vencidas, y aún desopinadas, ya mostraria más severidad que va mostrando la historia contemporánea, con ciertos caracteres y ciertos sucesos de nuestros días. ¡Quién sabe! Tal vez algun curioso, hojeando en otro siglo estas páginas, que acaso no morirán, porque las de historia mueren rarísima vez, á causa de que unas sirven de precedente á otras; en la lenta depuracion de la verdad, me dará en este punto la razon, que hoy pudiera negarme la opinion pública. Y si todos los grandes hombres de Estado de este siglo llegan á ser tan bien conocidos por dentro como Felipe II; si como él cuidadosamente guardan, reúnen y dejan por herencia á la posteridad todos sus papeles, sin quemar ninguno; si son tan amigos de escribirlo todo cuanto él era, días han de llegar tambien en que resplandezca mucho más, que puedo yo hacer que resplandezca ahora, la sinrazon con que se pretende que Felipe II fué un hombre excepcionalmente disimulado ó falso, y vacilante ó cruel.

No fué él, á la verdad, sino un hombre paciente, moderado, más fuerte con la cabeza que con el corazon, de cerca débil é inflexible de léjos, como tantos otros hombres se ven cada dia; inclinadísimo al bien y á la justicia; sin algunos de los defectos, como, por ejemplo, el de la pereza, y con todas las preocupaciones y los sentimientos de sus súbditos, y en general de los hombres de su época. El disimulo, la suspicacia, la desconfianza de los

que le rodeaban y de todos los hombres en comun, no fueron en él mayores que en otros hombres de Estado, que pudieran comparársele, y han logrado que, sin mentar, ni siquiera inquirir sus defectos, les tengan todos por grandes. Habia en su retiro, en su reserva, en su mismo silencio mucho de artificioso; buscando indudablemente por tales caminos la espontánea veneracion, que no esperaba obtener de una superioridad, en todo y á todas horas incontestable, como la de su padre. Del arte de dividir para imperar mejor, valiase hasta con aquellos que más cerca y más por debajo tenia, como suele y han solido siempre los gobernantes, igualmente en uno que en otro régimen político; sobre todo los de carácter débil, y aquellos que no pueden ó no quieren imponer su voluntad desnuda y resueltamente.

Como hombre particular, no era, pues, ningun santo, ni en realidad ha habido nadie que pretenda canonizarle hasta ahora. Mas fué, como hombre de Estado, celosísimo en todo cuanto entendia que le ordenaba el deber; apasionado y hasta fanático por su familia, su nacion, y aquella de las grandes causas del siglo que su familia y su patria habian prohijado; mucho ménos poderoso en realidad que los empeños de su política exigian; obligado, por tanto, á defenderla, no ménos veces con las artes de la política que con las de la guerra; dotado de genio, si fuera cierto, como álguien ha dicho, que el genio es la paciencia; falto de él, se-